

CRÓNICA POCO HEROICA DE UN RESBALÓN INEVITABLE

ALMA SAMPEDRO

Me llamo Belarmino “el de La Teyera”, aunque en el DNI ponga Belarmino Fernández Suárez, que eso lo ponen así, con solemnidad de notaría, como si uno fuese a inaugurar un pantano. Tengo ochenta años —largos como un día de niebla en el puerto— y vivo en un pueblo de Asturias tan pequeño que, si te descuidas, lo saludas entero antes de que se te enfríe el café. Aquí nos conocemos hasta los perros por el nombre, y si un forastero estornuda, a los cinco minutos ya lo sabe el cura (y a los diez, la farmacia).

Nunca salí del pueblo. ¿*Pa* qué? Tengo monte, tengo huerta, tengo brasero, tengo conversación en el banco de piedra, y tengo esa sabiduría rural que no sale en los manuales pero te arregla una vida. A mí, la salud, siempre me fue de mano. Una gripe: caldo, manta y dos blasfemias bien dichas. Un corte: tela limpia, aguardiente y apretar los dientes como Dios manda. Una vez me rompí un dedo de la mano derecha —por meterla donde no debía— y lo curé yo mismo con un palito de escoba, un trapo y paciencia. Quedó torcido, sí, pero oye, ahora señala mejor.

Por eso, cuando mi sobrino Ramón me llamó a casa con voz de estar al borde del más allá —«*tíu*, necesito que vengas a la ciudad»— yo pensé que sería otro lío de esos modernos: una contraseña, un recibo, un papel con códigos como si fuese un jeroglífico. Lo que no me dijo, el muy condenado, es que el lío era de medicina y herencias a la vez, que es la mezcla más peligrosa: cuando se junta la sangre con la burocracia, salen monstruos.

Resulta que una prima lejana, Filomena, a la que yo solo recordaba por una foto borrosa donde parecía una lámpara de pie, había muerto en la ciudad y había dejado algo a favor del pariente más cercano. Y como Ramón estaba ingresado «por una cosa del apéndice», me tocaba a mí ir a firmar papeles al hospital, al registro y a donde hiciera falta. «Es solo un rato», dijo. Claro. Un rato en la ciudad puede durar lo mismo que un invierno entero.

Me monté en el autobús con mi boina, mi bastón (que no lo necesito, pero impone), un bocadillo de chorizo y la convicción de que en cuanto firmase dos cosas, *pa* casa. El autobús bajó por carreteras que yo solo veía en la tele, con rotondas que parecen platos volantes y señales que te gritan órdenes como si fueras un soldado.

Llegamos. Bajo del autobús. Pongo el pie en tierra firme de ciudad por primera vez en ochenta años... y ¡zas! Ahí empieza la odisea, que no empezó con piel de plátano, porque eso es de chiste viejo, sino con algo mucho peor y más moderno: un patinete eléctrico abandonado, como un animal muerto, justo donde uno apoya con confianza. Yo no vi aquello porque miraba el edificio más alto que vi en mi vida, que parecía querer discutir con las nubes.

Pisé el patinete y este, que debía tener dentro un demonio con ruedas, salió disparado. Yo hice un movimiento elegante, como quien se resiste a caer por orgullo, y acabé haciendo una figura que en mi pueblo llamaríamos «la voltereta del borracho», pero sin haber bebido. Caí de costado, con la boina volando y el bocadillo describiendo un arco perfecto. Mi bastón quedó apuntando al cielo, acusando a alguien.

—¡Ay, señor! —gritó una mujer que apareció de la nada.

—¡No fue nada! —dije yo desde el suelo, que es el sitio desde donde más se miente.

Al instante se formó un corro de gente. En el pueblo, si alguien cae, lo levantas y luego le echas la bronca por torpe. En la ciudad, en cambio, te rodean como si fueras una atracción turística.

—¿Se encuentra bien? ¿Puede respirar? ¿Tiene dolor? ¿Le duele aquí, aquí o aquí? —escuché a coro.

Yo, que respiraba como siempre y dolorido solo tenía el orgullo, dije:

—Estoy como un roble. Esto fue un tropezón de nada.

Pero ya era tarde. Uno sacó el móvil y empezó a narrar mi caída como si fuese la final de la Champions. Otro llamó a emergencias. Y lo siguiente que vi fue una ambulancia acercándose con luces, como si yo fuese una persona importante o un misterio por resolver.

Bajaron dos sanitarios: una mujer joven con cara de saber y un hombre con barba que parecía haber visto de todo. Me hablaron con una calma que, dicho sea de paso, daba miedo.

—Hola, caballero. Soy Laura. ¿Cómo se llama?

—Belarmino.

—Belarmino, vamos a valorarlo, ¿sí?

—Valórenme si quieren, pero yo ya me valoré: estoy bien.

Laura sonrió de esa manera que solo sonríe la gente que tiene que tratar con cabezones a diario.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—No, mujer. Lo que perdí fue la boina.

—¿Dolor en el pecho?

—Dolor me da ver el patinete ese ahí tirado, como si fuese un cascarón de nuez. ¡Qué mundo!

Me pusieron una cosa en el dedo, me tomaron la tensión, me hicieron preguntas. Yo respondía, pero a mi manera: con detalles, con historias, con quejas de pueblo. Al final, el de la barba dijo:

—Mire, por su edad y por la caída, es mejor llevarlo a urgencias y asegurarnos.

—¿Urgencias? ¿Por un resbalón? ¡Si yo me curé un esguince con hojas de berza!

—No lo dudamos —dijo Laura, sin dudar ella—, pero aquí preferimos ver que todo esté bien.

Me subieron a la ambulancia. Yo entré con dignidad, como quien acepta una derrota temporal. Dentro olía a limpio y a prisa. Me pusieron en una camilla y, antes de darme cuenta, ya íbamos por calles que parecían cintas transportadoras. Por la ventana vi gente andando sin mirar, como si llevasen una misión secreta. Yo pensaba: «Estos no tienen tiempo ni para caerse».

Llegamos al hospital. Un edificio enorme, con puertas que se abren solas —lo cual, en mi opinión, es una falta de educación arquitectónica—. Me metieron en urgencias y aquello era como un mercado, pero sin tomates: unos tosiendo, otros llorando, alguno con un brazo en alto y más de uno con cara de no haber dormido desde la transición.

Una enfermera con coleta me preguntó:

—¿Alergias?

—A la ciudad, de momento.

No se rio, porque estaba trabajando, pero le brillaron los ojos. Me puso una pulsera en la muñeca como si fuese yo una maleta.

—Belarmino Fernández... ¿Fecha de nacimiento?

Se la dije. Ella tecleó con una velocidad que parecía que la máquina le debía dinero.

—¿Medicación habitual?

—Ninguna.

—¿Antecedentes?

—Ser de pueblo.

Me metieron en una sala de espera con mi camilla. Al rato vino un médico joven con cara de sueño y humanidad. Se presentó como si fuese mi vecino:

—Soy el doctor Rivas. ¿Qué le ha pasado, don Belarmino?

Le conté lo del patinete, el autobús, la herencia, Ramón, la prima Filomena que parecía una lámpara.

—Vamos a hacerle unas pruebas para quedarnos tranquilos.

—Tranquilo ya estoy. Lo que quiero es firmar lo de Ramón y largarme.

El doctor me miró con esa paciencia que solo tienen los médicos y los santos.

—Entiendo. Pero primero su salud.

Me llevaron a hacerme análisis, electro, radiografía. Cada vez que me pinchaban, yo decía «¡ay!» por costumbre, no por dolor, porque uno tiene que mantener el teatro. La gente del hospital se movía como una orquesta en medio del caos: uno aquí, otro allá, todos haciendo cosas importantes sin perder la calma. Me daba hasta vergüenza protestar, pero protesté igual, que es mi carácter.

Entre prueba y prueba, vi pasar a un señor con una bata abierta por detrás, enseñando el mundo sin querer. Pensé: «Mira tú, aquí la dignidad se queda en la entrada». Y lo peor es que nadie se escandalizaba.

Me dejaron en un box con una cortinilla que no tapa ni el pudor ni el ruido. Me pusieron un gotero «por hidratación» —yo me hidraté con sidra, pero no quise discutir—. Y ahí, mientras esperaba resultados, me acordé de Filomena y de la herencia. Pensé en el registro, en los papeles, en el sobrino con el apéndice rebelde. Y me entró un nervio de esos que te suben por la nuca.

Miré a un lado: nadie. Miré al otro: un carrito con gasas. La enfermera se había ido. Y yo, que en el pueblo soy de los que se escapan del médico antes de que te encuentre, hice lo mismo allí, pero multiplicado por cien.

Me levanté. El gotero venía conmigo, como un perro fiel. Me habían dejado a medio vestir, y la bata, por detrás, tenía una abertura que era una agresión a la intimidad humana. Caminé despacio, con el palo del suero rodando, tratando de parecer que yo pertenecía allí, que era personal de algo. En la ciudad, si caminas con decisión, nadie te pregunta.

Salí del box. Tomé un pasillo. Vi un cartel que decía «Salida». Y me fui.

El hospital por dentro era un laberinto. Las paredes son blancas, y todo el mundo va deprisa, así que si tú vas despacio, te conviertes en un obstáculo filosófico. Pasé por delante de un grupo de residentes que discutían algo serio. Uno me miró el gotero y no dijo nada, porque seguramente pensó que yo era un caso complejo con derecho a vagar. Llegué a la puerta principal y, cuando estaba a punto de ser libre, escuché detrás de mí:

—¡Eh, eh! ¿A dónde va usted?

Era un guardia de seguridad. Yo le sonreí con mi mejor sonrisa de abuelo inocente.

—A firmar unos papeles. Que mi sobrino...

—Pero usted lleva un gotero.

—Esto es... decoración. Como los llaveros esos de la ciudad.

El guardia frunció el ceño. Yo, para evitar más conversación, abrí la puerta y salí. Y ahí, en la calle, me dio el aire frío y la sensación de victoria. Duró exactamente siete segundos.

En la acera había un grupo de reporteros con cámaras. No me preguntes por qué. En la ciudad siempre hay reporteros, como palomas. Estaban grabando una pieza sobre «la saturación de urgencias» o «la gripe del siglo» o algo así. Y entonces me vieron: un viejo con gotero, bata abierta por detrás, boina torcida y cara de «yo no hice nada».

—¡Señor! —me gritó una reportera—. ¿Puede decirnos cómo está siendo su atención en urgencias?

Yo, que ya estaba harto, y encima con el culo ventilando, dije lo primero que se me ocurrió:

—¡Muy buena, hija! ¡La gente aquí trabaja como burros, pero los que tiran patinetes son unos desalmados!

El cámara, que tenía el instinto de la desgracia ajena, me enfocó justo cuando una ráfaga de viento levantó la parte trasera de la bata. Yo sentí el frescor y supe, por el silencio, que Asturias entera estaba a punto de verme las vergüenzas.

—¡Ay, la virgen! —murmuré.

La reportera siguió:

—¿Y usted por qué sale con el gotero?

—Porque me daba pena dejarlo solo.

Entonces alguien, desde el hospital, gritó mi nombre como si fuese un fugitivo famoso.

—¡Belarmino! ¡Vuelva aquí ahora mismo!

Era Laura, la sanitaria, que venía corriendo con una enfermera detrás y el doctor Rivas con cara de «esto no estaba en el MIR».

Yo intenté disimular, pero era imposible. Un viejo con gotero no puede mezclarse con la multitud como si nada. La reportera, encantada, dijo:

—¡Esto es increíble! ¡Tenemos imágenes en directo!

Y yo, que lo único que quería era volver a mi pueblo y abrazar una vaca en silencio, empecé a caminar rápido. Pero caminar rápido a los ochenta, con bastón, gotero y bata traicionera, no es correr: es hacer el ridículo con determinación.

Laura me alcanzó y me puso una mano en el hombro con una mezcla de firmeza y cariño.

—Belarmino... ¿qué hace?

—¡Pues irme! Que estoy bien. ¡Y además me están grabando el trasero, mujer!

La enfermera me miró y, por primera vez en todo el día, se permitió reír. El doctor Rivas suspiró como quien acepta que el mundo es un lugar extraño.

—Venga, don Belarmino. Vuelva, que ya tenemos resultados.

—¿Resultados de qué?

—De que está usted bien, seguramente. Pero hay que verlo.

—¡Ya lo dije!

—Sí —dijo Laura—, pero aquí, cuando uno dice «estoy bien», lo comprobamos para poder dormir tranquilos.

Y ahí, lo confieso, se me aflojó un poco el genio. Porque yo soy gruñón, sí, pero no soy injusto. Vi que no era por fastidiar: era por cuidar. Y cuidar, aunque sea con máquinas y palabras raras, es lo mismo que hace mi vecina cuando te trae sopa sin preguntar.

Me devolvieron al box. Me cerraron la bata por detrás con un imperdible —bendito sea quien inventó el imperdible—. Luego, me quitaron el gotero, me dieron agua y me explicaron con paciencia que no tenía nada roto, que la cabeza estaba bien, que el corazón hacía su trabajo como una vaca buena: sin alardes.

—Tiene usted suerte —dijo el doctor Rivas—. Y buena constitución.

—Eso es porque comí fabada toda la vida.

—Puede ser —dijo él, sin discutir, que es lo que hacen los médicos listos.

Al final, me sentaron y me dijeron que podía irme. Laura me acompañó a la salida, ya sin cámaras. Antes de marchar, me miró seria.

—Belarmino, prométame que si se encuentra mal volverá.

—Prometo que si me encuentro mal... me lo pensaré. Pero gracias, hija. Trabajáis mucho. Y con paciencia. Ella sonrió y me dio una palmadita en el brazo.

—Cuídese. Y cuidado con los patinetes.

Salí de urgencias con mi boina bien puesta y mi dignidad más o menos recompuesta, y subí a ver a Ramón, que estaba en una habitación del mismo hospital con cara de niño castigado y un vendaje que parecía un turbante.

—*Tú* —me dijo—, ¿qué tal todo?

Yo lo miré y juro que en ese momento pensé en estrangularlo con el formulario de la herencia.

—Ramón —le dije—, la próxima vez que tengas el apéndice con ideas propias, vienes tú a firmar.

—Pero...

—Pero nada. Y otra cosa... igual esta noche me ve media provincia en la tele, y no precisamente de frente.

Ramón se rio hasta que le dolió la tripa, lo cual en su estado era una imprudencia médica. Yo le firmé lo que había que firmar —porque al final, los papeles siempre ganan— y me fui al autobús de vuelta como quien regresa de una guerra absurda.

Cuando por fin vi las montañas y sentí el aire que huele a hierba y a leña, se me aflojó el cuerpo. Bajé en mi parada, caminé hasta casa y me senté en el banco de piedra. Pasó Genaro con su perro.

—¿Qué, Belarmino? ¿Qué tal la ciudad?

Yo le miré con toda la experiencia de un hombre que ha visto las puertas automáticas del infierno.

—Un desbarajuste —le dije—. Allí hasta para estar quieto hay que pedir permiso. Eso sí, los médicos y las enfermeras, unos santos. Pero yo de aquí no salgo más. Ni aunque me herede la mismísima reina de Inglaterra.

Genaro se rio y el perro me olió el pantalón, como si buscara restos de hospital.

Entré en casa, me hice un caldo y, mientras removía, pensé con gratitud en aquella gente del hospital que, en medio del caos, había tenido tiempo para un viejo cabezón de pueblo. Gente que cuida sin preguntar y aguanta protestas ajenas como si fueran propias. A ellos, mis respetos. Pero yo, *carayo*, no vuelvo a salir del pueblo.